

XIII Encuentro Anual de ACDE

“Argentina después del Bicentenario: los liderazgos para el progreso”

Jueves 3 de junio de 2010 – Marriott Plaza Hotel Buenos Aires

Panel **Argentina, los líderes y los valores**

Rosario González Morón

Buenas tardes a todos. Paso a presentar primero a Gerardo Muniello. Gerardo es ministro de la Iglesia Presbiteriana San Andrés en Olivos, Buenos Aires. Está licenciado en Administración de Empresas por la Universidad Argentina de la Empresa y el Ministerio por el Instituto Bíblico Buenos Aires. Tiene muchos años de experiencia en la pastoral de adultos y jóvenes en el desarrollo de modelos de trabajo y en el entrenamiento de líderes. Es conferenciante internacional en América latina y profesor en varios seminarios y consultor en desarrollo de Organizaciones.

Alejandro Llorente es doctor en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, profesor de Ética de la Vida y Ética Económica en la Facultad de Teología de la UCA y es el asesor doctrinal de ACDE. En este último panel, va a compartir con nosotros sus pensamientos acerca de cuáles son los valores y la espiritualidad que anima la construcción de la convicción e impulsan a los líderes que reclama nuestro país.

Gerardo Muniello

Buenas tardes, la verdad es que a Alejandro y a mí nos ha tocado el bloque más complicado, aunque es bueno ser últimos porque nos hemos

enriquecido terriblemente con todos los aportes que se han hecho en toda esta jornada. Permítanme, simplemente, contarles desde donde quiero hacer yo mi reflexión esta tarde. Hace un tiempo atrás, la Escuela Escocesa San Andrés organizó un evento, invitó a religiosos y no religiosos, representantes de diferentes ámbitos, y el tema que teníamos que abordar en ese momento era el Colegio San Andrés como una institución plural y diversa. Cada uno por supuesto expuso desde su mirada y cuando terminó la exposición se planteó — lo que se plantea habitualmente acá— el momento de preguntas y respuestas. Entonces, alguien del público levantó la mano y dijo: “Tengo una pregunta para hacerle al ministro de la Iglesia Presbiteriana San Andrés: si el Colegio San Andrés es un colegio diverso y plural ¿por qué ustedes todas las mañanas rezan el *Padre Nuestro*?”.

La verdad fue una pregunta difícil, así que rápidamente comencé a preguntarme cuál era la respuesta. Simplemente atiné a decirle que, en mi vida personal y familiar, cuando con mi esposa invitamos gente a cenar a casa, habitualmente solemos decirles si nos permiten tener una oración antes de cenar y les explicamos por qué oramos. Habitualmente lo hacemos porque nos parece que nos hace bien tener un corazón agradecido y dar gracias a Dios por los alimentos que tenemos en nuestra mesa, y en segundo lugar porque al ver los alimentos recordamos que hay argentinos que esta noche no cenan. De esta manera eso nos genera una cierta responsabilidad.

Símbolos y tradiciones esenciales

Entonces tenía sentado a mi izquierda al rabino Sergio Bergman, con quien nos encontramos muchas veces hablando de estas cosas. Entonces él levanta la mano y dice: “Yo voy a contestar esa pregunta porque creo saber de dónde viene”. No sé si habrá identificado a alguien de su comunidad — probablemente sí— y dice: “Quiero decirte que cuando vos anotaste a tu hijo en este colegio vos sabías perfectamente que se llamaba Colegio San Andrés. Y sé que sos lo suficientemente inteligente como para entender qué significa “San Andrés” y por lo tanto quisiera decirte que, si las instituciones pierden sus

símbolos, sus tradiciones, pierden su esencia. Yo estoy seguro de que si este colegio no tuviera estas tradiciones y estos símbolos, no sería lo que es y vos no hubieses anotado a tu hijo en este colegio”.

Qué quiero decir con esto, que mi reflexión final va apuntando a la “C” de ACDE. Una “C” que creo nunca se tiene que perder. A partir de allí permítanme hacer esta reflexión. En el inicio del año académico de la Universidad San Andrés compartí con los profesores y alumnos que allí estaban, que el mundo —esta es una realidad no sólo local sino global— se encuentra en lo que yo he dado en llamar “la tormenta perfecta”. Para que se dé una tormenta perfecta tienen que jugar algunas variables y eso se explica a través de las crisis que estamos viviendo. ¿Cuáles son esas crisis? Yo creo que en primer lugar hay una crisis de conocimiento, es como que no sabemos cómo resolver los problemas económicos, políticos, sociales que generan deshumanización, injusticia e inequidad. Es importante que seamos conscientes de que, dentro de la gran crisis que tenemos, hay una crisis de conocimiento. Pero en segundo lugar hay una crisis de liderazgo: evidentemente no estamos encontrando hombres y mujeres que puedan timonear la nave en medio de esta tormenta. Pero también tenemos una crisis de valores porque realmente no nos ponemos de acuerdo, todos hablamos de valores pero no nos ponemos de acuerdo en cuáles son esos valores innegociables, universales, atemporales sobre los cuales podemos fundar no solamente una nación sino también, por supuesto, una vida, una familia y una comunidad. Finalmente hay una crisis de virtudes porque de repente nos podemos juntar con un grupo de personas y decir “Nosotros sí coincidimos en cuáles deben ser esos valores pero tenemos incapacidad de encarnar esos valores”. Por lo tanto estas cuatro crisis terminan definiendo una tormenta perfecta. Y ¿cómo hacemos para salir de esta tormenta? Déjenme decirles que necesitamos héroes, necesitamos modelos. A ninguno de nosotros nos gusta ser modelos, no nos gusta. Rechazamos cuando alguien nos dice “Para mí sos un ejemplo de inspiración, tu vida me desafía, me enriquece”.

¿Estamos dispuestos a ser héroes?

No lo queremos. Yo me acuerdo de que el apóstol Pablo dijo allí en el *Nuevo Testamento* “ser imitadores de mí como yo de Cristo”. Por lo tanto tenemos que aceptar que si queremos cambiar esta realidad necesitamos héroes y lo que tenemos que preguntarnos es si estamos dispuestos a ser héroes. Hace muchos años atrás (diez años atrás) yo estaba trabajando en la Pastoral Juvenil y comenté algo que me había pasado en la semana. No me acuerdo de si era *Clarín* o *La Nación* que publicó en una hoja completa la figura de una modelo muy famosa en aquel momento —no voy a dar su nombre— y a mi me llamó la atención ver la figura de esa persona y rápidamente imaginé: “Esto tiene que ver con alguna empresa que evidentemente está promocionando algo o será una autopromoción de algún evento”. El título era “La modelo”. Cuando doy vuelta la hoja posterior me encuentro con la figura de Teresa de Calcuta. Imagínense comparar las dos imágenes; ya estaba ancianita, viejita, arrugada, chiquitita y encorvada. Pero el título que le habían puesto era “El modelo”. Yo creo que indefectiblemente, si queremos salir realmente de esta tormenta perfecta, necesitamos generar modelos, crear héroes. Tenemos que estar dispuestos de alguna manera a trabajar, o para que lo seamos nosotros mismos o para que, quizás, otros lo sean. Habiendo hecho brevemente un diagnóstico, me gustaría compartir con ustedes una propuesta. Se habló de acuerdo de gobernabilidad y yo pensaba que eso es lo que estamos necesitando, pero quizás en vez de usar la palabra “acuerdo” a mí me gustaría usar la palabra “pacto”. Como decían recién mencionando el Pacto de la Moncloa, hay ciertos pactos que necesitan otros pactos que los precedan.

La fuerza del pacto

Creo que el acuerdo de gobernabilidad necesita un acuerdo, un pacto anterior. En mi tradición religiosa la palabra “pacto” es muy fuerte porque vemos que a través de la historia Dios ha hecho pactos con los hombres. Esos pactos que Dios hace disparan pactos que los hombres hacen entre ellos.

Entonces uno puede hacer pactos con su esposa o con su esposo, con su familia, con sus hijos, en el comercio, en la política, en las organizaciones, uno puede hacer pactos de ciudadanía. Yo creo que hay un primer pacto en el cual tenemos que acordar qué es justamente un *pacto de valores*. Yo lo llamaría *pacto de principios*. Porque creo que los valores tienen que emanar de principios que son los universales, inmutables y absolutos. Me gustaría pensar que la Argentina está necesitando al menos tres principios sobre los que tendríamos que pactar. El primer principio es el de la humildad. La crisis se acepta, se reconoce y se asume solamente con humildad. Hace un tiempo atrás recibí un *e-mail* cuyo título era “Quién tiene la culpa”. Era un monólogo de Tato Bores, quizás ustedes lo habrán recibido, lo habrán leído. Él iba recorriendo a lo largo de la historia de la Argentina quiénes tenían la culpa de todo lo que nos pasaba y sucedía, y finalmente a él se le ocurre pensar y decir: “La culpa ya sé quién la tiene, la culpa la tiene el otro”. Todos comienzan a aplaudirlo y a decir: “Claro, tenés razón, la culpa la tiene el otro”. Siempre la culpa la tiene el otro y muchos de los que han pasado por aquí adelante han dicho específicamente eso. Yo, como religioso, pienso que desde el Jardín del Edén el ser humano siempre está buscando a quién echarle la culpa. Cuando deja a Dios de lado, cuando se independiza de Dios, cuando Dios deja de ser el centro de su vida y, si Dios le reclama al hombre esto, ¿qué le contesta?: “La mujer que me diste por compañera me dio del árbol y yo comí”. Lo primero que hace el hombre es echarle la culpa a la mujer y, por las dudas, se la echa también a Dios.

La culpa ajena

Interesante. Siempre, cuando no tenemos a quién echarle la culpa, tenemos a alguien a quien se la podemos echar y ese alguien es Dios. Pero después más adelante la mujer le echa la culpa a la serpiente, que es el símbolo del mal. Otra vez no estamos dispuestos a aceptar nuestras responsabilidades, nuestros errores, nuestros fracasos y nuestras culpas. La mujer se la echa al mal: son los malos los que tienen la culpa y yo no soy malo,

yo soy siempre el bueno. Por eso me encanta un texto bíblico que habla justamente de esto, que está allí en Segunda crónica, capítulo 7, versículos 13 al 15. Lo voy a leer del Libro de Dios, que es el libro que habitualmente se lee en las parroquias católicas.

Donde —miren ustedes lo que dice el texto— el pueblo de Israel estaba viviendo una experiencia bastante similar a la que estamos viendo en la Argentina.

Dice Dios: “Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia, cuando ordene a la langosta que devore el país, cuando envíe a mi pueblo la peste”. Todo esto como consecuencia del accionar y la actitud de los líderes de Israel; no es que es un Dios castigador o injusto. Entonces dice Dios: “Si mi pueblo, el que es llamado con mi nombre, se humilla y suplica, si busca mi rostro y se convierte de sus malos caminos, yo lo escucharé desde los cielos, perdonaré su pecado y haré que su país se reestablezca”.

Qué actualidad que tiene este pasaje. Hay dos cosas —para destacar hay muchas— que a mí me gustaría recoger. La primera es que “Si mi pueblo, el que es llamado con mi nombre, se humilla”. Si uno va al diccionario y busca el significado de la palabra “humillar” dice: “bajar, inclinar la cabeza u otra parte del cuerpo en señal de sumisión o acatamiento”. Nos decía el orador anterior que necesitamos levantar la cabeza y yo diría: “Sí, pero también necesitamos a la vez bajar la cabeza porque la humildad tiene que ver con arrepentimiento, con quebrantamiento, pero no de los demás, sino de uno mismo”. Es interesante porque la palabra “humildad” viene del latín *humilitas* y *humilitas* viene de *humus*, que significa “tierra fértil”. Es decir, cuando hay humildad, la tierra está preparada para la cosecha. Quizás no nos encontramos con tierra preparada, quizás no tenemos la esperanza de una buena cosecha justamente porque lo que está faltando es humildad. Alguien dijo “Mejor a Dios, te eleva cuando te humillas, nunca es más grande el hombre que de rodillas”. Déjenme decirles algunas cosas que la humildad produce para que nos demos cuenta de que lo que está faltando en nuestro país es humildad. La humildad te revela los propios defectos para corregirlos, la humildad no te consiente despreciar a nadie, la humildad te inclina a aprovecharte del consejo y ejemplo de los

demás, la humildad te hace sentir como propias necesidades y miserias ajenas, la humildad te hace mirar con frivolidad indigna el afán del aplauso, la humildad te hace vivir en la verdad de lo que eres antes Dios y tu conciencia entregándote sin reserva a sus servicio y al servicio de tus hermanos. Miren si nos falta humildad.

Humildad, el principio básico

La segunda cosa que rescato de este texto son las tres consecuencias de la persona que se humilla, de la sociedad que se humilla, de la nación que se humilla. Dice Dios “Cuando haya humildad yo escucharé desde el cielo, perdonaré sus pecados, sus errores, sus faltas y haré que su país se restablezca”.

Me parece que la humildad es el primer principio que tiene que ser parte de nuestro pacto. Pero hay un segundo principio que también lo han mencionado, creo que tenemos muy buenos predicadores en los expositores, porque muchos mencionaron el servicio. Es el segundo principio, en otras palabras, este principio nos desafía a tener corazón de siervos. Hay otro texto que me llama poderosamente la atención. Está allí en el *Nuevo Testamento* en el libro de los “Hechos”, quizás algunos lo conocen, lo voy a leer del Libro del Pueblo de Dios pero también lo voy a leer de otra versión que habitualmente nosotros utilizamos. Dice en “Hechos” 13-36: “Sin embargo David, después de haber cumplido la voluntad de su tiempo, murió, fue a reunirse con sus padres y sufrió la corrupción”. Pero miren lo que dice la nueva versión internacional: “Porque a la verdad habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios durmió y fue reunido con sus padres”. A mí me encanta este pasaje porque el apóstol Pablo podría haber dicho muchas cosas sobre David y seguramente aquí tenemos personas que representan a la comunidad judía, personas que representan a la comunidad cristiana y sabemos perfectamente quién fue David. ¿Cuántas cosas podríamos haber dicho de David? ¿Cuántas cosas podemos expresar sobre él? Que fue un gran músico, que fue un gran poeta, que fue un gran filósofo, que fue un gran militar, que fue un gran

arquitecto, un gran reformador..., pero por sobre todas las cosas que fue un rey incorruptible. Sin embargo el apóstol Pablo no destaca absolutamente ninguna de estas cualidades y lo que él dice es que David es un siervo. A mí me impresiona esto, “Habiendo servido a su generación”, es decir que lo más importante que Pablo tenía para destacar de David era su capacidad de servicio, permanentemente estaba buscando servir a su generación.

El valor del servicio

Creo que hoy necesitamos hombres y mujeres que estén dispuestos a vivir el desafío de servir a su generación. Que en definitiva busquen como resultado final quizás un epitafio allí en la lápida que diga “Aquí yace un hombre o una mujer que supo servir a su generación”. Difícil tarea porque permanentemente estamos en el gran dilema. Hay alguien en la antigüedad, una persona muy preparada, muy capaz, que ocupaba un puesto muy importante. Frente a este dilema —que yo llamo “el dilema de la palangana”, un dilema que involucraba compromiso y responsabilidad— de hacer algo por su gente pidió una palangana y se lavó las manos. Pero hubo otro que frente a la misma situación y frente al mismo dilema pidió una palangana, se ciñó una toalla en su cintura, se arrodilló y lavó los pies de sus discípulos. Uno se llamaba Pilatos y otro se llamaba Jesús. Creo que el segundo principio tiene que ver con el servicio.

El último principio tiene que ver con el amor. Qué palabra bastardeada. Pero miren lo que dice “Romanos”, capítulo 13, versículo 8 del Libro del Pueblo de Dios y la nueva versión internacional. “Que la única deuda con los demás sea la deuda del amor mutuo” y la nueva versión internacional dice: “No tengan deuda pendiente con nadie, a no ser la de amarse los unos a los otros”. Interesante, ¿no es cierto? Este pasaje en su contexto nos aconseja no endeudarnos como diciendo (perdón, los banqueros que están acá): los que se endeudan tienen un alto riesgo de esclavizarse.

La deuda de amor

Pero hay sólo una deuda que es bueno tener y que en realidad nunca vamos a poder cancelar o nunca deberíamos querer cancelar, que es la deuda de amarnos los unos a los otros. Por eso San Agustín, teólogo del siglo IV, dijo: “Ama y haz lo que quieras”. ¡Qué mensaje fuerte! Si entendemos perfectamente lo que significa tener una deuda de amor, rápidamente vamos a concluir que la deuda mayor en la Argentina no es la deuda externa, y que en el mundo, probablemente, la mayor deuda, es una deuda de amor. Necesitamos amar más y necesitamos amar mejor. El amor no arrebató la vida de otra persona; lo hace el asesinato. El amor no toma la propiedad de otra persona; lo hace el robo. El amor no desea las posesiones de otra persona; lo hace la codicia. Por eso tenemos que trabajar muy fuerte para bajar esta deuda de amor. Amar más a nuestro cónyuge, amar más a nuestras familias, amar más a nuestros padres, a nuestros amigos, a nuestra comunidad, a nuestros compañeros de trabajo, de estudio, a nuestros empleados, amar más a quienes nos gobiernan y amar más a quienes nos han hecho daño. Este es el problema de la Argentina, no tenemos un problema político o social, tenemos un problema de falta de amor. Lo último que quisiera decirles —porque el tiempo se me agotó— es que lo que necesitamos, para poder llevar adelante este pacto de principios, son virtudes. Es decir, tomar la decisión seria y responsable de encarnar estos tres principios, de llevarlos a la práctica, de llevarlos al día a día. Cualquiera sea el ámbito en el que nos estemos desarrollando. Dijo Montesquieu en 1748: “La forma más deseable de gobierno es una república libre, pero es también la forma más frágil porque esta depende de gente virtuosa”. ¿Cuál es el problema de la Argentina? Tenemos pocas personas virtuosas. Tenemos muchas personas preocupadas por su reputación, pocas personas preocupadas por su carácter. La reputación dice lo que otros creen que nosotros somos, el carácter dice y muestra lo que realmente somos. Necesitamos líderes de virtud.

Diferenciar la vida de la gente

Termino con una frase de Maimónides, médico, rabino, teólogo judío de la Edad Media, que dijo: “Uno no es diferente si no hace diferente la vida de la gente”. Qué bueno tener esto grabado en nuestra mente y en nuestro corazón, porque si sentimos que la Argentina necesita algo diferente, la pregunta que nos tenemos que hacer es: “¿Estoy haciendo desde mi espacio la vida de la gente diferente?”.

Y lo último que quisiera decirles es que por supuesto que es una tarea difícil, dura, que significa mucho esfuerzo y mucho tiempo. Pero las semillas que plantemos van a tener un impacto de enormes proporciones en el futuro si logramos consensuar este pacto de principios. Después de todo ninguno de nosotros puede contar cuántas semillas hay en una semilla, aunque todos podemos contar cuántas semillas hay en una manzana. Si logramos sembrar esta semilla, la cantidad de manzanas que podemos recoger es imposible de imaginar y de calcular. El tema es que tenemos que estar dispuestos a sembrar esta semilla. Que así sea.

Alejandro Llorente

Siempre al panel sobre espiritualidad le toca esta difícil tarea de hacer un milagro, como dijo Ricardo: “Sólo uno multiplicó los panes”, y sólo uno resucitaba muertos, y a veces tenemos que resucitar la esperanza de los paneles anteriores. Gracias a Dios el panel de Juan Ramón (Núñez) y de Andy (Freire), de Alfonso (Prat gay), fue un panel de esperanza que cumplió en parte con esta tarea. Yo voy a, como saben ustedes, a diferencia de otros paneles, nuestro interés siempre son las personas, es decir, ustedes, nosotros. Y hoy voy a hablar de algunas cosas que a ustedes les van a resultar extrañas, pero creo que de estas cosas hay que empezar a hablar.

¿Cómo hacer un aporte a esta espiritualidad de un liderazgo de contención? En primer lugar, voy a tomar algunos conceptos del rabino Daniel Goldman, de la oración que hizo en el Tedeum celebrado en Luján: “identidad y

memoria son dos caras de una misma moneda, la memoria nos interpela y nos demanda, incomoda al cómodo y acomoda al incómodo, porque la memoria afirma la vida y nos compromete con la humanidad, otorga espíritu de resistencia y dignifica. Porque la memoria rescata de la humillación y del exilio. Porque la memoria exige que la autocrítica sea el ejercicio que nos ayude a retomar nuestros ideales como nación". La pregunta es: "¿Qué es lo que tenemos que recordar?". Recordar entonces nuestra identidad es hacer memoria, memoria de ser, como reconocimiento que nos rescata del exilio en el cual muchas veces nos sumergimos. Hacer memoria incomoda, pero dignifica. "Conocerán la verdad y la verdad los hará libres", dice el Señor en el Evangelio según San Juan. Hacer memoria es recuperar el espíritu y el fuego que nos habita, para instituirnos y constituirnos. Hoy el Señor una vez más nos vuelve a dar su palabra, que no anula la nuestra, sino que la contiene y la exalta. Dios no roba identidad y dignidad cuando pide obediencia a su palabra; su palabra y la mía se articulan maravillosamente en una comunión virtuosa. Dios no coarta ni castra, el Señor no aplica la dialéctica o él o yo. Y hoy quiero recordar dos cosas, quiero recordarnos dos cosas: primero todos los bautizados, y no sólo los bautizados, hemos sido instituidos como sacerdotes, profetas y reyes. Es decir, tenemos una misión. Ustedes no son empresarios cristianos, son cristianos que viven su fe como empresarios. Hoy quiero detenerme en la dimensión profética de nuestra misión, ya que dice el Señor, por boca del profeta Joel: "Después de esto yo derramaré mi espíritu sobre todos los hombres, sus hijos y sus hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños proféticos, y sus jóvenes verán visiones. También sobre los esclavos y las esclavas derramaré mi espíritu, en aquellos días".

Misión del profeta

Por lo tanto, el líder de contención es un profeta de su tiempo. ¿Qué constituye al profeta, cuáles son sus características, su misión?

El profeta es un elegido, un suscitado para su tiempo. No elige dónde, cuándo o qué hablar, lleva un mensaje de Dios para él, es decir para sí mismo,

y para el pueblo. Él no es origen de esta palabra aunque la haga suya, sino su portavoz. Por tanto, su poder de refundación no está en el apropiarse de esa palabra, sino en servirla. Se la apropia cuando pone en boca de Dios, como para con muchos profetas, su propia ira y su enojo. En ese momento se equivoca y le va mal. Pedro, en el “Libro de los Hechos de los Apóstoles”, les habló a los judíos diciéndoles: “Ustedes, que condenaron al Rey de la Gloria”. Se olvidó de incluirse en el “ustedes”, porque él también lo condenó. Como cada uno de nosotros.

La palabra que lleva el profeta lo atraviesa de tal manera, que a veces profetiza con los gestos de su propia vida. Así, Oseas se casará con una prostituta, comienzo de lo que habló el Señor por medio de Oseas, el Señor le dijo: “Ve, toma por esposa a una mujer entregada a la prostitución, y engendra hijos de prostitución, porque el país no hace más que prostituirse apartándose del Señor”. Además el profeta es un personaje que incomoda y que se siente incómodo. Muchas veces preferiría callar. Su fidelidad se apoya en dos hechos: la conciencia que tiene de ser elegido y de haber aceptado ese llamado, y la trascendencia del mensaje que lleva para su vida y la del pueblo. Hay algo muy grande en juego, por eso esa palabra que lleva lo quema por dentro y no puede acallarla. El profeta se parece a un líder de ruptura porque va contra el orden establecido. Pero esto en realidad es sólo aparente.

El profeta, un líder de contención

Mirado en profundidad es un líder de contención, porque se convierte en heraldo de ese espíritu de la alianza que el pueblo sepultó en instituciones y leyes, que se usaron para concentrar poder, dominar y excluir. Los que detentaban el poder político, los reyes por ejemplo, tenían en su corte profetas y consejeros, que les decían lo que les gustaba oír. No muy distinto de nosotros, ¿no? Y, además, eso se lo presentaban como palabra de Dios, es decir, como la verdad. El mensaje que trae no es un vaticinio ni futurología, sino un juicio sobre la historia presente que, de no ser acatado, se prevén las consecuencias que bien pueden ser políticas. El rey Ajas no quiere hacer

alianza con Dios, como se lo manda Isaías de parte de Dios ante el asedio de los reyes de Israel y de Siria, porque él ya tenía concebida una alianza con los asirios, a quienes va a entregar el poder. Y va a entregar la tierra. Último pero no menos importante: el profeta es memoria del espíritu. Ese fuego, esa vida, esa pasión que animaron en su momento a Dios y al pueblo a establecer una alianza. Esa alianza es constitutiva de la identidad de los *partners*, es decir, de Dios y del mismo pueblo. Esa es la identidad, el espíritu que, por distintas razones, todas resumibles en la infidelidad del pueblo a sí mismo y a Dios, se fue apagando y perdiendo. Por eso cabe recordar lo que el Señor nos dice en Lucas 11:35 a todos lo que en realidad somos profetas: “Ten cuidado de que la luz que hay en ti no se oscurezca”.

Lo segundo que quiero recordar, y esto les va a sonar raro, es que estamos en un contexto de combate espiritual. ¿Qué significa esto? Que lo que está en juego no es simplemente un proyecto de país, una visión de la economía. Detrás de estas cosas lo que está en juego en realidad es la persona, su dignidad, su identidad, su alma, su espíritu, su fuego, su libertad. Esta es la libertad que nos ha dado Cristo, dice Pablo a los Gálatas: manténgase firmes para no caer de nuevo bajo el yugo de la esclavitud. Se trata de un combate cuyo primer campo es nuestro corazón.

Nuestros propios demonios

Por eso, eso que llamamos “demonios”, y no me interesa figurarlo en un personaje objetivo fuera de nosotros, sino que primero quiero hablar como hablaron los Padres de la Iglesia de los demonios que hay en nuestro corazón: indican en primera instancia, “Precisamente el mal que hay en nosotros nos oscurece y nos mata”. Por eso el profeta, antes de hablar, tiene que convertirse. Alguien le preguntó a Carlos Pagni cuáles eran los personajes que había que sacar de la política. Si el Señor pusiera a la luz nuestras acciones, queridos amigos, incluidas las mías, las del papa Benedicto XVI y las de todos los hombres que hoy habitan en esta tierra, yo les aseguro que no quedaría nadie en esta sala. Entonces creo que en vez de preguntar a qué demonios

hay que desterrar o erradicar de la política, tal vez tengamos que empezar a preguntarnos cuáles son los demonios que tenemos que desterrar de nuestros propios corazones.

¿Cómo se presenta este adversario en la escritura? Primero se presenta bajo la apariencia de bien. Es homicida, mata. Es mentiroso, y es ladrón. Eso es lo que quiere hacer la serpiente en el “Libro del Génesis”, presentar a Dios como ladrón. Y como en realidad aquel que se guarda algo para sí: si te dio el Paraíso, ¿por qué se reserva ese árbol?, ¿por qué no podés comer de ese árbol? Interesante la duda que genera.

No va a la luz, opera en la oscuridad, una suerte de testafarro, digámoslo así. Busca continuamente ponernos trampas, y es acusador, es decir, genera culpas para paralizarnos. Y fundamentalmente a todo lo que apunta es a dividir, porque allí, en la división, es donde reina. Nos divide en primer lugar, de nosotros mismos, nos divide de los demás. Por consiguiente, cuando hablo de un líder de contención, me refiero hoy a esta dimensión profética, en el contexto de un combate en el que está en juego la persona, su vida, su dignidad. Primero la nuestra, porque si el líder es multiplicador, entonces muchos otros están en juego también. Es al revés de lo que hacía la Iglesia cuando evangelizaba, que iba precisamente al jefe de la tribu sabiendo que si caía el jefe de la tribu, toda la tribu se convertía. Es exactamente la misma estrategia, pero al revés.

El sentido de la contención

Voy a hacer una breve etimología. Al verbo “contener”, cuyo sustantivo es “contención” (líder de contención) yo le encontré dos sentidos relacionados: contener como “tener en”, “lo que se tiene en o dentro de ciertos límites” y evita el desborde, el salirse del borde o límite, el extralimitarse. Se trata de evitar el desborde para que algo no se desparrame y se pierda. Si tomamos la palabra “contención” y hacemos un juego libre de palabras, lo que se tiene dentro de ciertos límites supone una cierta tensión que mantiene cohesionado eso que se contiene. Este sentido expresa la dimensión del acoger la diferencia, que evita

transformar a los adversarios en enemigos. El segundo sentido: “tener con”, contener, “lo que se tiene con otros”, “lo que se tiene en común”. Cuando ese otro con quien se tiene algo en común es Dios, lo Divino, la Divinidad, acontece esa participación que los griegos llamaban *entheos* y de allí “entusiasmo”, en inglés *enthusiasm*: inspiración que proviene de ese estar en Dios, inspiración que es luz, sentido, fuego, pasión. Ese espíritu está en cada persona, aun en los que vemos en la calle. Ha sido puesto en cada uno de nosotros por Dios. Por tanto, lo que hay que mantener o tener dentro es ese espíritu que está llamado a circular entre todos, la participación. Y que no se deja poseer por individuos, estructuras, leyes, ideologías, partidos, instituciones, iglesias. Precisamente uno de los intentos del adversario es bloquear esta circulación. El infarto social, eso que Juan Ramón decía, los dos preinfartos que tuvo. Entonces el líder de contención aparece como el centinela que vela para que ese fuego no se apague. “Hijo de hombre, te puse como centinela del pueblo de Israel; cuando escuches una palabra de mi boca, tú les advertirás de parte mía”, dice Ezequiel. Un líder de contención debe tener en cuenta en primer lugar quién es, por eso hacer memoria de la identidad, somos profetas.

Las dificultades que acechan al líder

Para qué está y las dificultades que deberá enfrentar. Yo mencionaré sólo una o dos, primero el desgaste, el debilitamiento, la asedia. ¿Por qué la asedia? Precisamente porque, si el líder tiene capacidad de multiplicar, a mayor capacidad, mayor será el embate porque está en el ojo de la tormenta, va a intentar ser bloqueado. Porque cansando y desanimando la persona que puede ejercer un poder multiplicador caen muchas cosas detrás. La asedia, el tedio de la vida o el demonio del mediodía intenta desalentarnos, robarnos el fuego que hay en nosotros, apagarlo. De dejarnos con la amarga sensación de que nada tiene sentido para que bajemos los brazos. Algunas manifestaciones son de signo contrario, parálisis, activismo, depresión y agresividad, inestabilidad interior, necesidad de cambio por el cambio, cuidado excesivo de la salud, ansiedad, activismo descontrolado, espíritu crítico al prójimo, miedo a

la soledad. Esta tristeza es una tristeza que apaga el amor. Hay toda una familia de palabras emparentadas, *acer*, *acris*, *acre*, *acetum*, el *acetum* es vinagre. Esto nos lleva a pensar en sentido figurado que la persona que ha sido invadida por una acidez que la volvió avinagrada, amargada, desesperanzada. Cuando se pierde este sentido y el fuego, este sentido de las cosas, el alma se pierde el principio vital y unificador que confiere sentido y fuerza a todo lo demás. Eso lleva primero a la desintegración, primero interior, aparece el miedo, el miedo de perderme. No hay disposición a la ofrenda o al sacrificio, es decir a hacer sagradas las cosas, a transformarlas en algo digno de ser vivido. Además con la caída de los ideales y de las pasiones originarias comienza una desintegración que lleva también a la exacerbación de la parte, es decir de mí mismo. Cuando la parte asume la categoría de todo se la lleva al extremo, frecuentemente es más grave la exacerbación de una verdad parcial que la misma mentira. De esa manera se pierde de vista lo esencial y otras cosas ocupan su lugar.

La reprochable desmesura

Era la *giviris* el concepto griego que traducía esta desmesura. En la antigua Grecia aludía un desprecio temerario hacia el espacio personal ajeno, unido a la falta de control sobre los propios impulsos, siendo un sentimiento violento inspirado por pasiones exageradas consideradas enfermedades por seres racionales y desequilibradas. El hombre que comete *giviris* es culpable de querer más de la parte que le fue asignada en la división del destino. El castigo a la *giviris* es la *némesis*, el castigo de los dioses que tiene como efecto devolver al individuo dentro de los límites que cruzó. Este hombre de la *giviris* es el hombre no dispuesto a resignar nada, imaginariamente lo quiere todo, no puede entonces articular con otros. ¿Cómo se entiende la articulación entre la desmesura de la *giviris* y el espíritu que ha sido sembrado en nosotros, cuya medida es precisamente no tenerla? Ese espíritu, que es el corazón de la dignidad del hombre, su libertad, su luz, su poder, es el que juzga todas las cosas. El espíritu es la medida de todas las cosas, por eso nos dice Pablo:

“¿No saben ustedes que los santos juzgarán al mundo? Y si el mundo va a ser juzgado por los santos, ¿cómo no van a ser capaces de juzgar asuntos de mínima importancia? ¿Ignoran que vamos a juzgar a los mismos ángeles? Con mayor razón entonces los asuntos de esta vida”.

Queridos amigos, nosotros somos herederos de muchas misiones de la vida, muy acrítica y muy acríticamente, y eso lo decía Carlos Pagni; en vez de ocuparnos de que los políticos sean buenos políticos, creo que primero tenemos que ocuparnos de ser buenos empresarios. Y los curas de ser buenos curas. ¿Cuáles son las consecuencias? Y con esto termino. La consecuencia es la entrega de lo propio, o la pérdida de nosotros mismos. Se entrega la propia palabra, la propia palabra como aquello que me constituye en un ser de sentido, en un carácter único, irrepetible. Y se vive de palabras ajenas, de dogmas ajenos, nos dividimos interior y exteriormente y entonces oponemos las visiones, que son cuestiones intelectuales, a las pasiones, que son cuestiones del corazón.

Hablar desde el corazón

Ustedes, lo voy a decir porque es un mal de la Iglesia Católica, no creen, no creemos en aquello que pueda venir del corazón. Ustedes desconfían de que Dios les pueda hablar del corazón. Y eso es un tremendo error, por no decir un horror. Y creen que las visiones intelectuales —ustedes saben que en la imaginación todo entra, es como un papel en blanco, resiste todo—, creen que de esa manera entonces sí estamos construyendo verdad y realidad. Y no está ahí la verdad, está en nuestro corazón, porque ahí es donde Dios va a hablar. Y si habla la inteligencia, es una inteligencia integrada al corazón, no descorazonada.

El otro efecto es parcializar, del cual ya hablé. Exacerbar el propio interés en detrimento del interés común. Y el último efecto es que comenzamos a negociar lo innegociable, empezamos a ceder, a “ceder con”, a conceder. Empresarios vueltos en concesionarios. Cedieron lo propio, cedieron el espíritu emprendedor, en aras de una seguridad que no los libera sino que ata. Y el

precio de esa dependencia es la libertad, es decir, la propia dignidad. Demasiado alto el precio que se paga. Es el mismo que Juan Ramón (Núñez) no quiso pagar.

Gracias.

Oración conjunta de Muniello y Llorente

Que el Señor te bendiga y te guarde. Que el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz. Amén.

"Versión periodística de la presentación realizada por el Ministro Gerardo Muniello y el Presbítero Alejandro Llorente, con la participación de Rosario González Morón como moderadora, en el XIII Encuentro Anual de ACDE celebrado el 3 de Junio de 2010 en el Marriott Plaza Hotel Buenos Aires. Esta versión es resultado de la desgrabación del panel, y no cuenta con la revisión de los expositores".